

EL GRAN CAMILO ZAPATA

Fallece nuestro clarinero mayor

El cantautor nicaragüense Camilo Zapata, creador del “son nica” falleció la tarde del pasado martes 23 de junio en su residencia en Valle Dorado, al occidente de esta capital, a la edad de 92 años, según se confirmó oficialmente entre sus familiares y amistades.

De madre jinotepina y padre chinandegano, el maestro Camilo Zapata nació en Managua, el 25 de septiembre de 1917, se bachilleró en el Colegio Bautista, y estudió topografía por correspondencia. Después del terremoto de 1972 que destruyó Managua, Zapata se fue a Chinandega.

Se inició en el arte a los quince años en Managua cuando cantaba en la emisora “Rubén Darío”, mientras sus compañeros -Francisco Fiallos, Juan Ramón Bermúdez y David Zúñiga- lo hacían en “YNOP”, la otra emisora que en 1932 funcionaba en la capital.

Entonces estaban de moda los paseos a la costa del Lago de Managua, sector de Miralagos. Mucha gente se reunía en ese lugar, lo que era aprovechado por Camilo y otros jóvenes para tocar la guitarra, cantar y darse a conocer.

Pero su aparición hay que ubicarla en un momento histórico: cuando se emprendía la búsqueda y la afirmación de la identidad nacional, tras las negativas consecuencias culturales que había dejado la ocupación norteamericana.

Por eso no resulta arbitrario relacionar la publicación de los Poemas nicaragüenses, de Pablo Antonio Cuadra en 1934, con “Caballito chontaleño” de Camilo Zapata, canción escrita ese mismo año, en compás de seis por ocho, constituyendo la partida de nacimiento del “son nica”.

Con este nombre se ha identificado ese ritmo popular y típico iniciado por Zapata, quien después estrenó “El Nandaimé”, “El Solar de Monimbó” y “El Ganado Colorado”, por citar tres de sus piezas consagratorias.

Ritmo que José Francisco Borgen propuso denominar con acierto rascado y que, erradamente, se le difundió como “canción folklórica”.

El mismo Borgen describió a Zapata cuando participaba en los programas vivos de La voz de la América Central: “Pequeño, flaco, moreno, desprecupado. Su humildad le atrae simpatías; pero, más que su humildad, el hecho de llevar al micrófono melodías frescas de nuestros campos”. Y también de nuestros pueblos y ciudadelas, como lo revelaría en sus canciones “Nindirí”, “Ticuanpe” y “Callecita colonial”.

“Para nosotros, integra con Erwin Krüger y Tino López Guerra el “trío de oro” de la música típica o vernacular de Nicaragua. Además, él fue el primer nicaragüense que grabó

en disco “Caballito chontaleño” y “Solar de Monimbó”, prensado por la RCA de México, cuando los discos eran de 78 revoluciones por minuto; y el primero en internacionalizarse. Sus composiciones fueron interpretadas por los Hermanos Silva (chilenos), Los Diamantes (peruanos), Los Quipus (ecuatorianos) y otros.”

El 16 de abril de 1994, la Casa del Artista le brindó un homenaje al insigne compositor. Varias cuerdas fueron cerradas para que la gimnasia rítmica del Instituto Ramírez Goyena y por lo menos cinco mil Personas pudieran decirle adiós al gran compositor pinolero que se marcha de su amada Nicaragua, para residir en los Estados Unidos.

Camilo, visiblemente emocionado, dijo que agradecía profundamente el gesto de los artistas nacionales y les instó a conservar vivo el espíritu de colaboración a este patrimonio, ya que redundará en beneficio de las nuevas generaciones. También indicó que se deben apartar las diferencias y el egoísmo y buscar el bien común unidos por el arte en beneficio de todos.

Para nosotros los pinoleros, en Nicaragua hoy sentimos que los valores musicales deben ser estimulados ya que en Centroamérica solo Nicaragua goza de este privilegio musical.

La música de Camilo Zapata, surgida de la entraña más honda y pura de nuestra nación, pese a sus ya largas décadas de andadura, sigue conservando toda la fuerza y el encanto que caracterizan a las expresiones auténticas de una cultura. Cultura nacional, cultura de la Nicaragua vernácula, con olor a flor ancestral, arcilla y tierra mojada (ocre y verde, azul y roja, dorada o amarilla según el grado de su crepitación), sabor a fruta fresca y olor a polvo de camino, los innumerables caminos que este gran compositor, creador indiscutible del son, pero también experimentador polifacético de diversas formas musicales, descubrió y recorrió.

Camilo fue y es precisamente eso: un caminante, un hombre que aprendió a conocer Nicaragua en el camino, en los diversos caminos (de la trocha y el sendero a las carreteras y vías de penetración) a donde le llevó su oficio de ingeniero topógrafo. Ahí, en esas espesuras que se abrían de repente a la luz de la alborada, en esa permanencia en los ranchos y campamentos, en esa indagación en la psicología popular y en la picaresca elemental, en esos viajes por toda nuestra variada y herida geografía, nuestro cantor se nutrió de la Nicaragua profunda, la Nicaragua que nuestros grandes artistas y poetas han descrito, exaltado y descifrado.

Nacimiento del Son: Caballito chontaleño: Desde su niñez todo lo hizo solo bajo un árbol de malinche que si tuviera



lenguaje, confesaría haber sido cómplice en el descubrimiento personal de Camilo, “de la métrica de su son” buscada afanosamente y consiguiéndola acompañado por el rito de la casualidad. Sin haber perdido nunca un solo grano de su estima, alentado por la obstinación de sumergirse sin testigo alguno en el reposo rústico como si la sencillez de la antigua madera fuera la madrina de sus partos, uno entre tantos días, tuvo que hacer la prueba sin que le saliera el ritmo idealizado. Nunca renunció, la persistencia de encontrado jamás se vino a pique. Una de tantas tardes afiló la reiteración y tampoco. Le costaba el hallazgo. El demonio de la frustración rondaba en el camino. Sus tentáculos lo invitaban a desistir del empeño. Revoloteaban sobre su cabeza deseos de dejar la gorra en la copa del árbol. Y qué carajos estoy haciendo aquí bajo este palo de malinche si no me sale lo que yo quiero. Pero la sublime neurosis no lo hizo desistir. Está tocando la guitarra resignado a ver qué sale de nuevo y de pronto, de sopetón como dirían los españoles, de golpe pues oyó un ritmo. Madre mía, Dios mío gritó Camilo, “¿qué es esto?” Qué es repetía. Este ritmo no lo estoy haciendo yo, sale como si fuese un milagro, y pulsó y pulsó. Las manos bailaban sobre la madera hasta que dominó el ritmo, hasta que entró en los umbrales de la purificación. “Dios mío, este es el son que yo quiero para Nicaragua”.

El Solar de Monimbó: Por “Solar de Monimbó” pasa un originalísimo “trabalenguas”, ¿cómo fue? Un día de tantos, Camilo no asiste con puntualidad al rigor de las fechas Paco Ortega le hizo un homenaje en Masaya. Motiva la dedicatoria uno de los cumpleaños de nuestro compositor y una de las victorias beisboleras. El lugar donde se le hizo el homenaje a Camilo Zapata, se llamaba como su son, “Solar de Monimbó”. Quedaba cerca del Colegio Salesiano. Había en el solar pocos ranchos de paja, por cierto, diseminados. El rancho típico de la época elaborado por la mano de obra indígena. Fue una sesión memorable endulzada por el canto de los sones. Camilo hizo suyos los movimientos de la morena y de su moreno, empolvados y pintados con toda la frescura y el hervor de las inocentes suspicacias. Después de la parranda Paco y Camilo

regresaron juntos a Managua. Ya en Managua poco tiempo después se le ocurrió a Camilo plasmar, formalizar la canción dedicada al Solar de Monimbó. Se convirtió en el himno de Masaya. El zapateo es un panorama ideado. Camilo llega a un lugar como este solar, mira, le gusta y hace una concepción llena según las circunstancias, de picardía, de amor, de humor, de “güegüencismo”.

El nandaimé: Los granadinos en la “otra cara de la moneda”, manifestaban su resentimiento con esa presunción. Ellos provenían del tronco español, aunque Carlos A. Bravo les haya dicho mil veces que por el lago entró la hez de España. No era posible que un indio conquistado y puro como el nandaimé pudiera vanagloriarse de los blasones de “la gran sultana”. Las horas de la polémica rondaban en la parte sur del país. Por ello cuando un legítimo granadino veía a un nandaimé se burlaba de sus caites, de su forma de hablar, de su dejadez trivializada, de su inconfundible “cantadito”. Entonces se le vino a Camilo la idea de hacerle una canción al “Nandaimé”. “Soy granadino, nací en Nandaimé, de zapatones jamás usé caites, bajó a la población, no me paro en las esquinas, no me gusta que me digan que soy un indio sin educación”.

“Camilo Zapata Zúñiga es poeta y músico bajo el cielo de maíz y trigo, bajo el bejuco o el mecate de cabuya, sobre el zacate o frente al barro del comal, junto a la piedra de moler o al jicarero. De toda esa instrumentación está llena su orquesta. Vivió tanto tiempo en el campo. Explorador de rutas, hacedor de superficies de melodías, penetró montañas cantándolas con las cuerdas tatuadas en la piel ultrajada por la pasión cenital del sol, ruiseñor de la peregrinación mítica del campesino. Al descubrir el son que siempre quiso para Nicaragua bajo la mirada de un palo de malinche, perseveró en la búsqueda de todo lo que exprese el quehacer, el sentimiento, los amores, la bohemia, la carcajada rural. No escaló la cima del virtuosismo académico, meta no presupuestada en su sencillez. Nunca vaciló enamorarse de la guitarra, la novia de madera que toca y guarda en su cuarto de música desde donde responde al llamado de la creación y va hilando el lenguaje de los ochenta y cinco tomos de su biblioteca existencial. No hay desalientos en sus cuerdas, ninguna incertidumbre en el nimbo de sus costados. Cuando no pueda tocarla y el final inexorable detenga el impulso de sus entusiasmos, una lluvia de flores vernáculas caerá sobre su canto”.

Joaquín Absalón Pastora

¡Muchas felicidades Camilo y gracias por el Son que nos regalaste!